

EL CANSANCIO CULTURAL DEL CANADÁ FRANCÉS

Hubert Aquin*

Una de las características más peculiares de la “identidad quebequense” es la de ponerse en tela de juicio cada vez que la ocasión se presente. Sucede que la cuestión constitucional –como se conoce al debate sobre las aspiraciones políticas de algún sector de la sociedad y lo partido político (Partido Quebequense principalmente)– se confunde con la cuestión de la identidad. Es decir que el debate sobre la soberanía de la provincia de Quebec tiene como corolario las siguientes preguntas: ¿Qué país? ¿Para qué gentes? ¿Quiénes son finalmente los quebequenses?

En una sociedad donde se viven transformaciones que no resultan ajenas a la globalización capitalista (flujo importante de emigrantes) y confrontada a problemas de natalidad, el tema de la emigración se ha ido insertando en este debate. En la actualidad, se centra en los derechos de las minorías nacionales, especialmente la árabe-musulmana, y específicamente en lo que concierne a la práctica de la religión en la vida pública.

En 1962, Hubert Aquin, escritor y ensayista polémico, hacía ya mención de este proceso para hacer frente a una supuesta “pureza de linaje” de los quebequenses, definición asociada a la xenofobia si no al racismo. Algo que la descalifica, aprovechado además por aquellos que se oponen a la discusión sobre la soberanía de la provincia, como el ex primer ministro canadiense Pierre-Elliott Trudeau, quien la asimila a toda reivindicación de la soberanía y desacredita así cualquier forma de nacionalismo.

Aquin hará hincapié, en el artículo que a continuación presentamos, en el proceso de emigración, esta vez más europeo y estableciéndose a comienzos del siglo XX en la provin-

* Traducción de Roberto Rueda Monreal y Arturo Vázquez Barrón (CPTI/CCC-IFAL). Tomado de “La fatigues culturelle du Canada français”, *Liberté*, vol. IV, núm. 23, mayo de 1962.

cia, para hacer notar que la posición “separatista” de algunos canadienses franceses que se dicen “puros” es errónea, ya que no considera la globalidad de la cultura canadiense francesa. En ese sentido, dicha posición debe comprenderse como “una expresión de la cultura de los canadienses franceses, en busca de una homogeneidad mucho mayor” (p. 310), pero bajo ningún motivo como una posición global de la cultura de los canadienses franceses.

Es en ese sentido que Aquin defiende la aspiración política de Quebec como país soberano. Esto es, defendiendo la cultura global de los canadienses franceses; dirige fuertes críticas, por lo tanto, a los que se complacen en ver a Quebec como una minoría cultural subordinada a los intereses del régimen de la Confederación canadiense. Ahí radica la “fatiga cultural”, es decir el rechazo por aquellos quebequeses “de la globalidad de la cultura del Canadá francés” (p. 312), lo que lleva a la despolitización de la cultura y, por ende, a la negación del “vouloir-vivre” colectivo. Romper con la fatiga cultural es la consigna de este texto que a continuación presentamos.

Alain Gagnon

“SE NECESITAN NACIONES PLENAMENTE CONSCIENTES,
PARA UNA TIERRA TOTAL”¹

Teilhard de Chardin

[...] Un diálogo de sordos se estableció así en el Canadá francés entre pensadores que, al reducir a sus interlocutores a productos condicionados, nos quitan de paso toda esperanza en lo concerniente a su propia fuerza de intelección.

[...] Si tomo estas precauciones es porque me interesa señalar claramente que el estudio que emprendo, a partir de un artículo de Pierre Elliot-Trudeau sobre “La nueva traición de los clérigos”,² no está exento de motivaciones ni, por otra parte, de un intento malicioso de probar que el pensamiento de Trudeau tan sólo es el reflejo más o menos brillante de una tendencia distinta a la que me definiría. Su artículo da testimonio de un esfuerzo específico de razonamiento que no me gustaría ver comparado con un “reflejo condicionado” de partidario o de antiseparatista.

¹ Obras de Teilhard de Chardin, Tomo V, p. 74.

² In *Cité Libre*, N° 46, abril de 1962.

EL NACIONALISMO Y LA GUERRA

[...] El nacionalismo, lo reconozco al igual que él, ha sido a menudo no sólo una cosa detestable sino incluso innombrable: los crímenes cometidos en su nombre son, tal vez, peores que aquellos, muy célebres, que se han cometido en nombre de la libertad. Las guerras marcaron, en el siglo pasado, el despertar de las nacionalidades y mancharon gravemente todas las formas posibles de nacionalismo y todos los sistemas de pensamiento que las invocan. “[...] esta idea ha sido la causa de que las guerras se hayan vuelto cada vez más totales desde hace dos siglos: entonces, esta idea es la que aquí combató... Las guerras internacionales sólo llegarán a su fin en el fundamento del Estado. En cuanto a las guerras interestatales, éstas sólo se acabarán si los Estados renuncian a ese atributo cuya esencia misma los vuelve exclusivos e intolerantes: la soberanía.³

La relación establecida entre las guerras y el nacionalismo (“la idea de Nación-Estado”) no me parece muy convincente. La convergencia de estos dos hechos, incluso repetida en varias ocasiones, no establece sin embargo una relación de causalidad real. El resurgimiento de las guerras plantea un problema filosófico que sería demasiado fácil de circunscribir en su coincidencia con las olas de nacionalismos o las irrupciones de “estatismo” religioso o ideológico.

La guerra es la extensión colectiva, por no decir mundial, de la noción de conflicto: y no estoy lejos de creer que si estudiáramos científicamente la guerra (lo cual me parece igual de urgente que querer la paz), tal vez encontraríamos fundamentos explicativos que tienen que ver con el fenómeno humano global. [...]

La relación causal establecida entre las guerras y el nacionalismo es leve y minimiza la importancia del fenómeno de la guerra. ¿Cómo podrían entonces unas crisis históricas tan pequeñas generar un fenómeno terrible y misterioso que se ha manifestado al hombre mucho antes de las naciones y que rebasa, por su extensión misma, las supernaciones modernas?

³ P.-E. Trudeau, *ídem*.

[...] Pedir a los grupos conformados como grupos desiguales, inferiores o apartados, saltarse una etapa del proceso dialéctico que rige incluso a los conjuntos internacionales es tomar el camino equivocado. No hay atajo posible para pasar de la inferioridad, sentida colectivamente, a la colaboración de igual a igual. A menos, quizás, que este atajo sea la supresión simple y llana del grupo en cuestión en cualquier situación de minoría. “Al mismo tiempo que se nos invita a construir la civilización de lo universal, se nos pide renunciar a nuestra cultura...”, dijo Léopold Senghor, recordándonos así que lo “universal” sólo debe existir gracias a la participación libre y activa de todos los elementos particulares que habrán elegido crearlo. Si los particularismos son verdaderas extravagancias o caprichos insólitos, no opondrán resistencia mucho tiempo a las “excomunicaciones” de las que son objeto.

“Si nos hubieran dado el ejemplo de un país que, para ser más progresista que los demás, hubiese renunciado unilateralmente a la cultura nacional, a su pasado –para universalizarse mejor–, podríamos seguir este ejemplo. Pero tal cosa no existe todavía... Nos preocupamos por elaborar una cultura nacional que, para nosotros, sería tan sólo una barrera de seguridad, en espera de que la seguridad de todo nuestro planeta se haga realidad”.⁴

NACIONALISMO VS. GLOBALIZACIÓN

La guerra, se me dirá, nos aleja de nuestro punto de partida. No, y he aquí el porqué. Si primero me detuve en el capítulo II del artículo de Pierre Elliot-Trudeau, en el que establece la correlación causal nacionalismos-guerras, es porque esta primera falla dialéctica me pareció, paradójicamente, la más difícil de develar. De hecho, el argumento del nacionalismo generador de guerras actúa con mucha eficacia sobre las personas y, por otra parte, a causa incluso de su “evidencia” histórica, se discute muy mal. [...] Provoca emoción en quien lo recibe y, en consecuencia, encubre la del que lo utiliza. [...] De ahí a decir que el mal (las guerras) proviene del desmembramiento y el bien (la paz

⁴ Cheikh Anta Diop, en *Présence Africaine*, número 24-25, 1959, p. 376.

mundial y el desarme universal) de la globalización, sólo hay un paso que, en el desarrollo del artículo, ya está dado de manera previa, puesto que es al principio del artículo donde se evoca el binomio nacionalismos-guerras. La globalización a la que nos invita el autor conlleva lógicamente el rechazo hacia aquello que la contradice en primer lugar, es decir, el nacionalismo, que va en el sentido del estrechamiento más que en el del ensanchamiento.

Entonces es lógico, según esta estructuración, golpear todo nacionalismo con un coeficiente regresivo y casi maléfico. La sola atenuación dada a este juicio se halla incluida en la noción de transición aplicada al fenómeno nación: “[las guerras] Se deben un estado transitorio de la historia del mundo.”⁵ Si tal es el caso, ya no puede considerarse a los nacionalismos como portadores de las futuras guerras.

LAS NACIONES SON CONCEPTOS

¿Hay que dejar de hacer revoluciones porque sabemos, desde siempre o casi, que las revoluciones pasan? ¿Hay que condenar –en nombre de grandes cuerpos políticos federativos o imperiales, los cuales también zozobrarán con el paso del tiempo– empresas o revoluciones que acabarán por terminar? Si bien el nacionalismo de cualquier grupo que sea, senegalés o francocanadiense, es retrógrado, me atrevo a creer que es por razones diferentes a la perennidad de la comunidad francesa o la superioridad inherente a un gran conjunto como la Confederación sobre un pequeño conjunto como el Estado de Quebec. ¿Será entonces porque el nacionalismo engendra guerras? Creo haber demostrado la fragilidad de la correlación entre el nacionalismo y la guerra. ¿Será pues porque el nacionalismo se dirige fatalmente hacia la derecha políticosocial? Esto es prejuizar una orientación futura según viejas aventuras políticas: y nada me obliga a creer que la realidad de mañana será como la realidad, que es lamentable lo reconozco, de ayer y de anteayer. No más en la esencia predeterminada de los pueblos de lo que creo en la de las personas; en política, una

⁵ *Idem*, p. 15.

doctrina esencialista sólo puede acabar en inmovilismo. Los pueblos carecen de esencia. Durante un tiempo determinado de observación, pueden caracterizarse por actitudes o instituciones específicas; pero eso no es una esencia. Los pueblos son ontológicamente indeterminados, y esta indeterminación es el fundamento mismo de su libertad. La historia por venir de un grupo humano no es fatal, es imprevisible. “Un hombre se define por su proyecto”, dijo Jean-Paul Sartre. Un pueblo también.

¿El nacionalismo sería condenable porque difunde un encogimiento comunitario mientras que el movimiento de la Historia va en el sentido de una globalización irreversible? Al respecto, diría que la humanidad ofrece al historiador una preciosa antología de caídas de imperios: Alejandro, Gengis Kahn, Solimán el Magnífico, Mahoma, Francisco José, Adriano, César, Victoria... proclamaron la perennidad de imperios poliétnicos y policulturales que sin excepción también se encogieron. Bien podría ser entonces, si la historia con “H” mayúscula tiene algún sentido, que se encuentre tanto en el empequeñecimiento, con tantas pruebas irrefutables que apoyan la idea, como en la integración planetaria y mundial. Pero sigo tratando de saber por qué el nacionalismo, según Trudeau, y más particularmente su expresión separatista actual en el Canadá francés, es un fermento de regresión histórica, social, humana y lógica...

La Nación-Estado es una trampa odiosa en la que los mejores elementos de izquierda se dejan atrapar tontamente porque son emotivos; ¿acaso este concepto lleva consigo una especie de ipseidad maléfica e intrínsecamente negativa que conviene desterrar de nuestras mentes para siempre como una de las “fases transitorias” de la humanidad, así como otros tuvieron que sublimar la antropofagia? Ésta es la pregunta a la que Pierre Elliot-Trudeau dedica una respuesta brillante, retóricamente convincente y que, sin embargo, me parece una pregunta-acertijo o, mejor dicho, una trampa dialéctica.

Me explico. Al plantear como premisa que el separatismo postula la Nación-Estado, es relativamente fácil y hasta agradable refutar la aspiración de la Nación canadiense francesa a transformarse en Nación-Estado. Ahora bien, precisamente, la Nación-Estado es un concepto verdaderamente caduco que no corresponde a la realidad ni a los últimos datos de la ciencia. La nación

no es, como lo da a entender Trudeau, una realidad étnica. Ya no existen etnias, o en todo caso muy pocas. Los desplazamientos de población, la inmigración, las asimilaciones (que Jacques Henripin califica con precisión como “transferencias lingüísticas”) han producido una interpenetración de etnias, uno de cuyos indiscutibles resultados indiscutibles, en el Canadá francés por ejemplo, es el reagrupamiento ya no según el principio del origen étnico (la raza, como todavía se decía hace veinticinco años), sino según la pertenencia a un *grupo cultural* homogéneo cuya única especificidad verificable se halla en el nivel lingüístico. Basta con mirar a nuestro alrededor, entre la gente que conocemos, para hacer el recuento rápidamente del número de francocanadienses de pura cepa: ¡ellos no son los únicos “verdaderos” francocanadienses! Los Mackay, los Jonson, los Elliott, los Aquin, los Molinari, los O’Harley, los Spénart, los Esposito, los Globenski, etcétera... dicen mucho sobre la etnia-nación francocanadiense. Las “transferencias lingüísticas”, de las que habla Henripin, se llevaron a cabo tanto en nuestro beneficio como en nuestro detrimento, de manera que el núcleo de colonos inmigrantes que sobrevivió ya se encuentra mezclado, en el plano étnico, con todas las aportaciones que la inmigración o los azares del amor han dado a nuestra pureza étnica nacional. De hecho, ya no hay nación canadiense francesa, sino un grupo cultural-lingüístico homogéneo por la lengua. Así será para los uolofs, los sereres y los fulanis de Senegal que, si nada llega a interrumpir el proceso de escolarización, cuyo resultado a largo plazo será dar nacimiento a un grupo cultural lingüístico de origen étnico múltiple, se convertirán algún día en senegaleses.

El Canadá francés es poliétnico. Y sería una auténtica locura, estoy de acuerdo, soñar para el Canadá francés con una Nación-Estado cuando, precisamente, la nación canadiense francesa dio lugar a una cultura global, coherente, con una base diferencial lingüística. Que llamemos nación a este nuevo conglomerado me parece bien, pero entonces ya no puede ser cuestión de la nación como fermento del racismo y de todos sus abominables derivados.

Lo que hace diferente a Canadá del Canadá francés no es que el más grande sea poliétnico y el segundo monoétnico, sino que el primero sea bicultural y el segundo culturalmente homogéneo (lo que no excluye, gracias a Dios, al pluralismo en todas sus formas).

El binomio Nación-Estado que fustiga Pierre Elliot-Trudeau ya no corresponde a la realidad y sólo podría constituirse como sincera ambición para una minoría que, por ello, jamás podrá realizar su sueño. Sería más preciso hablar de un Estado monocultural. Si algunos retrasados todavía sueñan con una sangre francocanadiense pura, ¡considéremoslos simplemente como delinquentes intelectuales! Pero me parece injusto refutar el separatismo actual adjudicándole pecados de racismo y de intolerancia étnica. Conviene estudiarlo mejor como una expresión de la cultura de los francocanadienses, carente una homogeneidad más grande.

Según esta perspectiva, y ateniéndonos estrictamente al estudio de este fenómeno, el nacionalismo no es portador de mal ni de bien *a priori*: constituye una especie de palabra comunitaria, que uno es libre de oír o de no oír. Podemos combatirlo en nombre de una ideología política, pero no en nombre de la lucidez ni de la ciencia. El separatismo, de hecho, se presenta como una manifestación particular de la *realidad nacional*, pero no es la única, lejos de eso. La característica del nacionalismo es ser una expresión política de una cultura: en el caso del Canadá francés, se trata muy claramente de una aspiración a la política. Debido a esto, el nacionalismo les resulta a los no-francocanadienses un elemento constitutivo del grupo cultural francófono de Canadá. En realidad, otras manifestaciones también darían prueba de la existencia de este grupo cultural: las artes, la literatura, la temática globalizadora de nuestros investigadores en ciencias humanas, y también, tal vez, la dinámica lingüística, la demografía, las luchas sociales, la especificidad religiosa, etcétera...

LA CULTURA DE LA CULTURA

Entonces, estamos en presencia de una cultura que llamaremos “nacional”, cuya existencia, por muy débil que sea, puede verificarse a partir de cierto número de manifestaciones. El separatismo francocanadiense no es más que una de esas manifestaciones constituyentes. Su “fuerza disuasiva” es más grande que la de todas las demás fuerzas de existencia cultural porque contiene un germen revolucionario que puede poner en entredicho el orden constitucional establecido en todo Canadá. Los anglocanadienses pronto se dieron cuenta de

ello y se apresuraron a aislar el nacionalismo de todas las otras expresiones culturales del Canadá francés. Por ejemplo, han fomentado con tanta más generosidad y eficacia la especificidad artística de los francocanadienses, cuanto que con eso aumenta la ambigüedad de un vínculo que los separatistas se esfuerzan por definir como unívoco e “inferiorizante”. Obedeciendo en eso a un comportamiento del que conocemos varios casos similares en otras regiones del mundo, los anglocanadienses han invertido mucho dinero y atención sincera en las manifestaciones “recreativas” de la cultura francocanadiense. Lo hicieron con eficacia y diligencia, de manera que finalmente se instaló una dicotomía en la conciencia de los beneficiarios, entre su fidelidad a un gobierno federal generoso y su arraigo poco rentable en el humus de su pueblo. El desgarramiento alcanzó un punto doloroso bajo el régimen mezquino de Duplessis, quien, por su actitud intolerante y partidista, echó a numerosos artistas y pensadores en brazos del gobierno federal, lo que quiere decir que los condenó ya sea al desgarramiento estéril, ya sea a convertirse en los portavoces desarraigados de una cultura que, en determinado momento, sólo tenía valor para aquellos que temían la manifestación total. Este estado de cosas tuvo, entre otras consecuencias, la de influenciar la aceptación canadiense de la palabra *cultura*.

La cultura, efectivamente, se halla confinada al estricto dominio de las artes y las humanidades; la palabra cultura se contrajo para ya no contener sino el aspecto artístico y cognitivo de un grupo, mientras que, para los antropólogos y numerosos pensadores extranjeros, describe al conjunto de modos de comportamiento y de símbolos de un grupo determinado y hace referencia de esta manera a una sociedad orgánica soberana, lo que no quiere decir cerrada. Nuestra situación política federal-provincial nos llevó a despolitizar la palabra cultura o, más precisamente, a negarle sin vacilar el significado envolvente que se le reconoce en la semántica contemporánea. El informe Massey codificó de manera muy precisa esta reducción de la cultura francocanadiense a su elemento de conocimiento y de expresión artística y expresa, por ello, en un tiempo en el que las grandes obras antropológicas eran accesibles y confirmaban una aceptación opuesta del mismo término, un rechazo a la cultura francocanadiense en su totalidad. Hay que decir que los pensadores franco-

canadienses aceptaron en seguida esta variante y llegan hasta a adaptar con celo su actitud a la del Canadá inglés, exhortando a los francocanadienses a la calidad y a la especialización formalista, como para conjurar así la expresión de un querer-vivir cultural global. Entonces, el problema no es saber si nuestros poetas serán mejores en un Estado independiente y una vez que la Nación se haya apartado del régimen político-emotivo que la vuelve inferior, sino saber si reconocemos la existencia real de la *cultura* francocanadiense, o bien, si sólo aceptamos un fragmento limitado de ella, que puede insertarse en un conglomerado político al que se atribuye una especie de prioridad de existencia.

Una cultura *global* francocanadiense no postula para nada una homogeneidad de facto. [...]

Ser o no ser separatista tiene que ver con la opción política y entiendo muy bien que los francocanadienses que admiten ser parte de una cultura global prefieran que su *cultura* se inserte en la Confederación más que en cualquier otro régimen de existencia política. De hecho, nadie está obligado a hacer política más allá de comprometerse; a nadie se le presiona para que se pronuncie a favor de un sistema político pensado en función de la totalidad de su cultura. Pero en el plano teórico, esta visión parcelaria significa el rechazo a la globalidad de la cultura del Canadá francés. Desde esta perspectiva, el separatismo ya no tiene conexión, en términos relativos, con todos los francocanadienses, para quienes no es más que un elemento, pero está confrontado con la Confederación. Entonces es fácil sacar conclusiones respecto de su estrechez en función de la medida federal.

El nacionalismo francocanadiense es la expresión normal, por no decir previsible, de una cultura cuya globalidad se cuestiona sutilmente, al mismo tiempo que, por otra parte, se le proporciona el dinero necesario para tener compensaciones míticas. Incluso antes de hacer un juicio de valor sobre nuestros pecados, nuestras diferencias, nuestras faltas o nuestras hazañas, es importante estudiar fríamente al Canadá francés a partir de este momento como una cultura que, incluso si resulta decepcionante, no es menos global. Esto es lo que cuenta en el plano de la razón, mucho más que preocuparse de si el separatismo de hace seis meses se ha apagado ya. No es necesario ser pro-

feta para afirmar que si bien la cultura francocanadiense existe, siempre tenderá a corregir los límites y las “especializaciones” en las que se encuentra “encapsulada” para manifestarse globalmente. Esta cultura impregnada de globalidad y de homogeneidad, expresa así su querer-vivir comunitario.

Sin lo cual, se rechaza al Canadá francés como tal: sólo se le permite existir en una Confederación *immutable*, actitud que podemos asimilar al “*radicalismo negativo*” como imposibilidad asumida de tolerar el menor cambio del régimen.⁶ Cómo no evocar aquí a los que dicen a los nacionalistas francocanadienses que todos los “cambios” que ellos desean son permitidos y posibles excepto el de régimen. Debido la Constitución actual, la de 1867, los francocanadienses tienen todos los poderes necesarios para hacer de Quebec una sociedad política cuyos valores nacionales serían respetados al mismo tiempo que los valores propiamente humanos experimentarían un auge sin precedentes.⁷

NUESTROS ÉXITOS “EXCEPCIONALES”

Solamente la abolición de la cultura global francocanadiense puede causar euforia funcional en el seno de la Confederación y permitirle a ésta desarrollarse “normalmente” como un poder central por encima de diez provincias administrativas y ya no de dos culturas globalizantes. Esta abolición puede llevarse a cabo de muchas formas que no acabarían con la supervivencia de algunos estereotipos culturales francocanadienses. Al dejar de ser global, la cultura del Canadá francés impregnaría, sin peligro y de manera despolitizada, varios aspectos de la vida canadiense. Nosotros mismos, en concordancia esta vez con nuestros pares anglófonos, otorgamos cierto valor a las supervivencias folklóricas de las tribus amerindias. Hasta inventamos el esnobismo de la gota de sangre indígena que correría por nuestras venas, concesión refinada a una preexistencia salvaje e institucional... Como colonizadores y vencedores,

⁶ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, Gallimard, París, 1960, p-715. [Existe traducción al español: *Critica de la razón dialéctica*, Editorial Losada, Sin Colección, 2004, Argentina].

⁷ Pierre-Elliot Trudeau, “La nouvelle trahison des clercs”, *Cité Libre*, abril de 1962, p. 16.

tenemos el reflejo de fomentar el arte esquimal, la cerámica hurona, la repetición de los cánticos guerreros de los pueblos cuya cultura ha dejado de ser global y de manifestarse como un querer-vivir colectivo. Mientras más la atención de lo mayoritario-vencedor se vuelve particularista y llena de solicitud, más manifiesta que ya no teme a las manifestaciones globales de la cultura minoritaria.

Al respecto, se tiene que reconocer que el Canadá inglés estuvo muy cerca de tomar el control definitivo de la situación, y no está escrito que, a final de cuentas, no acabará con nuestro *cansancio cultural*, que es muy grande. Cada embestida nacionalista lo agarra desprevenido porque creía, de buena fe, haber solucionado el problema; luego, después de un tiempo de dudas, de inquietud, se recupera y considera que, después de todo, el estallamiento “nacionalista” de la minoría estaba fundamentado y que hay que pagar una vez más el tributo de la armonía haciéndole una nueva concesión. O bien (se trata de una actitud común de algunos francocanadienses, que reaccionan según el eje de desglobalización cultural del Canadá francés), se tranquiliza diciendo que el nacionalismo se compara con la fiebre amarilla, cuyas crisis regresan periódicamente de acuerdo con un ciclo.

La mala conciencia y la culpabilidad sincera de la primera actitud y el exorcismo de las menstruaciones nacionalistas teóricas del “eterno regreso” expresan la particularidad de su posición de mayoría. Jamás se domina de manera unívoca, excepto en las películas policíacas o los westerns. El acto de dominar (que corresponde a la posición del más numeroso y del más fuerte) termina por incomodar al que lo ejerce y lo lleva a multiplicar los equívocos, lo que quiere decir que, por mala conciencia real, hace todo lo que esté a su alcance para camuflar la relación de dominación. La mayoría, a veces excedida, llega a acusar a la minoría de contradominarla frenando su marcha y poniéndole obstáculos, cosas que de hecho termina por ejercer. La minoría, acusada así de ser un fardo, asume cada vez más dolorosamente este feo papel. En realidad, sí lo lleva: es un impedimento, una bala de cañón, una fuerza inerte que rompe continuamente los grandes impulsos de la mayoría dinámica con sus reivindicaciones y su susceptibilidad, y lo sabe.

Tengo que mencionar, en este sentido, todos los corolarios psicológicos de la toma de conciencia de esta situación minoritaria: el autocastigo, el masoquis-

mo, la autodevaluación, la “depresión”, la falta de entusiasmo y de vigor, otras tantas subactitudes de desprendimiento que los antropólogos ya han bautizado como “cansancio cultural”. El Canadá francés está en estado de cansancio cultural y, debido a que está invariablemente cansado, a la larga llega a cansar. Es un círculo vicioso. Sin ninguna duda, sería mucho más relajador dejar de existir como *cultura específica*; y vender, de una vez por todas, nuestra alma al Canadá inglés por una beca del Consejo para las Artes o una reserva apacible bajo la protección de la Guardia Real. Pero esta asunción cultural tal vez no sea posible, dado nuestro número y dado el imprevisible querer-vivir que surge episódicamente, con un poder sin igual, en cada uno de nosotros.

Despolitizado, el francocanadiense se comporta como el paladín de un grupo sin importancia ante la grandeza infinita de lo que lo confronta: Dios, el desarme mundial, el infierno y la bomba atómica, la Confederación. Esta falta de importancia sublime es la vía del misticismo y crea un “orden” que, al igual que un sacramento, vuelve indignos a todos los que no “distingue”. El nacionalismo, reivindicación profana y casi ligada a la adolescencia sacrílega, se convierte así en un pecado del que ninguno de sus autores provisionales ha logrado absolverse por completo. Es una forma de impulsión juvenil que se perdona cuando el que ha sucumbido ante ella la considera, después, con la serenidad o el arrepentimiento de la madurez. Esta práctica impulsiva y “verbal” del nacionalismo es tolerada, pocas veces condenada en voz alta, lo que explica que se haya convertido en el Canadá francés en un psicodrama catártico. Esta misma tolerancia es una forma consumada de subordinación y hace del nacionalismo una especie de irrupción pecaminosa insertada de antemano en el sistema al que de manera incoherente cuestiona, pero que nunca derriba. Nacionalistas, sí; por un tiempo, como cuando está uno pasando por la edad difícil, pero, siempre y cuando termine uno por ocuparse un día de cosas más elevadas y que sean reales.

El nacionalismo que al principio sorprende, como los primeros gritos adolescentes del hijo, termina por ser considerado con solicitud no solamente por los federalistas, sino por todos los francocanadienses, cansados de sólo pensar que se tendría que hacer un esfuerzo para existir fuera del sistema de aceptación y de grandeza que proponen sus líderes, apóstoles de la compren-

sión, de la unión, de los grandes conjuntos, de la urgencia de los grandes problemas del mundo o de la religión. Este sistema (¡cosa más coherente no habría sido pensada!) funciona muy bien y desde hace mucho tiempo y no implica para nada la desaparición de la realidad francesa en Canadá, sino la domesticación en todos los niveles y en las conciencias. La prueba de su eficacia reside en su difusión en el Canadá francés, donde están sus mejores defensores, dado que, en francés y con emoción en la voz, persuaden fácilmente a sus compatriotas sobre la necesidad de seguir siendo francocanadienses y prueban con un antiguo postulado, que “sólo a nosotros corresponde hacernos valer, ya que es siendo mejores como daremos al Canadá inglés la imagen de una cultura canadiense francesa vigorosa”. “Si Quebec se convirtiera en esa provincia ejemplar, si los hombres vivieran ahí bajo con libertad y progreso, si la cultura ocupara un lugar privilegiado en ella, si las universidades fueran brillantes y si la administración pública fuera la más progresista del país –¡y nada de todo esto presupone una declaración de independencia!–, los francocanadienses ya no tendrían que luchar para imponer el bilingüismo: saber francés se convertiría para el anglófono en un *estatus símbolo*, se convertiría incluso en una ventaja para los negocios y para la administración. Hasta Ottawa experimentaría una transformación, por la competencia de nuestros políticos y de nuestros funcionarios”.⁸

LA “FUNCIONARIZACIÓN” GLOBAL

Pero, ¿por qué los francocanadienses tienen que ser mejores? ¿Por qué tienen que “abrirse paso” para justificar su existencia? Este exhorto a la superioridad *individual* se presenta como un reto inevitable que hay que asumir. Pero no hay que olvidar que el culto al reto no se concibe sino en función de un obstáculo, de una desventaja inicial, y que puede reducirse, en última instancia, a una prueba de fuerza a la que está sometido cada individuo. La hazaña por sí mis-

⁸ Pierre-Elliot Trudeau, “La nouvelle trahison des clercs”, *Cité Libre*, abril de 1962, p.16.

ma nos valoriza y, según esta exigencia precisa, hay que admitir que Maurice Richard tiene mayor éxito que nuestros políticos federales. Tenemos espíritu deportivo en el plano nacional y como soñamos con crear héroes en vez de un Estado, nos empeñamos en ganar individualmente luchas colectivas.

Si el reto individual que cada francocanadiense intenta en vano asumir depende de la posición del grupo francocanadiense considerado como totalidad, ¿por qué asumir un reto colectivo como si fuera individual? ¿Acaso no sería más lógico responder colectivamente a una competencia colectiva y conjurar globalmente una amenaza global, inherente a la situación del Canadá francés en relación con su par federal anglófono?

“Si el Estado canadiense ha hecho tan poco espacio a la nacionalidad canadiense francesa –escribe Trudeau– es sobre todo porque nosotros no nos hemos vuelto indispensables en la búsqueda de su destino”.⁹ Hacerse indispensables en el destino del Otro, ése es el tema de la exorbitación cultural expresada con rara precisión. Esto consiste en crear en el grupo mayoritario la necesidad del minoritario, con lo que esta “indispensabilidad” nos otorga el derecho a la dignidad minoritaria; así, según el esquema que Pierre-Elliot Trudeau nos propone, pero que resulta familiar a todo consumidor de pensamiento federalista francocanadiense, el grupo minoritario ocuparía intensa y plenamente el “tan poco espacio” que ocupa, o bien ocuparía uno más grande, al que se habría hecho merecedor. En otras palabras, la existencia del grupo francocanadiense sólo puede justificarse si, al permanecer trasplantado en su mayoría anglófona, ésta termina por ya no poder prescindir de él. Al término de esta valiente evolución, el Canadá francés poseería un mejor lugar dentro del Estado federal, pero sólo seguirá siendo un lugar, es decir, un “papel”, más grande o a su medida. Pero este papel, más o menos grande, seguirá siendo sólo un papel: su trayectoria política sería modificada de antemano por la mayoría que se la concedería y seguiría siendo función de un conjunto en el que necesariamente tendrá que insertarse armoniosamente. Desde esta perspec-

⁹ Pierre Elliot Trudeau, *ídem*, p. 10.

tiva, el Canadá francés tendría un papel, el primero en todo caso, en una historia de la que jamás sería el autor.¹⁰

Pero este futuro heroico y glorioso se parece de manera singular a todo nuestro pasado. El Canadá francés, desde que se encuentra enmarcado en una estructura que él no inventa, ha tenido un “papel” en lo federal, ha ocupado con valentía, con brillantez o con desgano, un lugar que, ni más ni menos, siempre ha sido de su tamaño. Habría podido hacerlo mejor, de acuerdo; pero un funcionario no es un ministro: está menos comprometido con el asunto, se cansa rápido, no se apasiona, es más bien receloso y a menudo piensa en su retiro. Ahora bien, que se me perdone esta relación escolástica, el Canadá francés en su globalidad está “funcionarizado”: es usado por grandes patrones inquebrantables y justos: el Estado federal o la Iglesia católica y, al escoger la funcionarización en vez de su totalización, goza de todas las ventajas de la función (salario, honores, seguridad, promoción) y no sabe de otra responsabilidad ni de otro inconveniente más que los que son inherentes a la subordinación de cualquier función hacia un organismo. Fiel a su contrato y sensible a todas las dulzuras del paternalismo, el Canadá francés, funcionario colectivo, no crea “problemas” y no quiere tenerlos con sus patrones. Un funcionario no es ni un contratista ni un político. Y me parece que hay una relación entre nuestra falta de contratistas, establecida en el pasado como un defecto de raza, y nuestra incorporación global y continua por parte de grandes empleadores: el Estado federal que nos protege de nosotros mismos (léase: Duplessis) y la Iglesia, que, desde hace mucho tiempo, por su estructura piramidal, nos ha dado lugar de Estado, a tal punto de hecho que el Canadá francés cuenta con muchas instituciones religiosas, un clero numeroso, que funciona bien, pero que no brinda, en cambio, un gran ejemplo de fe, ni de santidad.

¹⁰ Lord Durham decía la verdad, en este sentido, cuando escribió que el Canadá francés era un pueblo sin historia. (Evidentemente, como la Historia le corresponde por derecho al pueblo canadiense inglés, no nos quedaría más que subirnos a ella como a un tren). Si aceptamos desempeñar un papel, por muy noble que éste sea, es forzosamente dentro de una historia hecha por otros. No podemos, al mismo tiempo, ser una función y el organismo que la ejecuta, una entidad cultural “reclutada” y una totalidad histórica. Aquí empleo la palabra historia en su sentido hegeliano, que también es el del *Star* de Montreal (“History in the making”). En lo que respecta a la ciencia histórica, eso es otra cosa. Nosotros tenemos una; por desgracia, sólo nos interesa a nosotros.

El Canadá francés como tal es un buen funcionario y su comportamiento está repleto, en este sentido, de indicaciones que rebasan por mucho las analogías: identificación con el patrón, voluntad de promoción, conformismo social bastante elevado (¡quien dice rechazo dice exceso!), marcada actitud de conciliación, voluntad general de elevar su nivel de vida, y para rematar cruelmente mi comparación, integración al sistema del cual es una función. De esta manera, nuestros representantes en Ottawa son elegidos “diputados” pero se convierten en funcionarios estando ya en la famosa colina parlamentaria. El equívoco entonces es total en lo que a ellos respecta: son unos elegidos por el pueblo que no pueden concebirse a sí mismos, salvo raras excepciones, más que como funcionarios, puesto que representan a un pueblo funcionarizado...

LA EXCENRICIDAD

La clave tradicional del éxito del Canadá francés se halla fuera, en una cultura heterogénea. Nuestros diputados en Ottawa y nuestros escritores en Francia, al buscar en otras partes una consagración y su plenitud, se han impuesto, por ese solo hecho, una desventaja tan grande que de igual forma se han condenado a una sola manera de acción y de éxito: la apoteosis. En ambos casos, el valiente exilio ha conllevado un revés desmoralizante. El éxito en Ottawa y la ratificación del talento en París conllevan un sacrificio estéril, por no decir simplemente angustiante: el desarraigo, generador inagotable de cansancio cultural, o el exilio, la expatriación y la negación no liberan nunca por completo al individuo de su identidad primaria y le prohíben, al mismo tiempo, la plena identificación con su segundo entorno. Privado de ambas fuentes, se encuentra así doblemente privado de patria adoptiva: es dos veces apátrida, y esta orfandad, deseada y luego fatal, incluso si no se traduce en una irregularidad consular, es una solitaria que corroe, mientras que el arraigo, por el contrario, es una manducación constante, secreta y finalmente enriquecedora de la tierra natal. [...]

El francocanadiense es, en sentido propio y figurado, un agente doble. Se anula en la “excentricidad” y, cansado, desea alcanzar el *nirvana* político por la vía de la disolución. El francocanadiense rechaza su centro de gravedad,

busca desesperadamente en otras partes un centro y anda errando en todos los laberintos que se le ofrecen. Ni echado, ni perseguido, no obstante se distancia sin cesar de su país en un exotismo que nunca lo llena. La nostalgia del país es necesidad y rechazo de una cultura-matriz al mismo tiempo. Todos estos esfuerzos por trascender hacia los grandes conjuntos políticos, religiosos o cosmológicos nunca reemplazarán el arraigo; si fuesen complementarios, enriquecerían; por sí solos, estos esfuerzos hacen del francocanadiense una “persona fuera de lugar”. [...]

El Canadá francés, cultura cansada y hastiada, atraviesa desde hace mucho tiempo por un invierno interminable; cada vez que el sol atraviesa la capa de nubes que le hace las veces de cielo, este enfermo debilitado y desencantado se pone a desear de nuevo la primavera. La cultura francocanadiense, agonizante desde hace mucho, a menudo renace, después vuelve a agonizar y vive así una existencia llena de sobresaltos y naufragios.

¿Qué le deparará finalmente al Canadá francés? A decir verdad, nadie lo sabe con certeza, sobre todo los francocanadienses, cuya ambivalencia al respecto es típica: simultáneamente quieren ceder al cansancio cultural y ganarle, predicando en un mismo sermón la renuncia y la ambición. Para convencerse de esto, léanse los artículos de nuestros grandes nacionalistas, discursos profundamente ambiguos en los que es difícil discernir la invitación de la revolución del llamado a la constitucionalidad, la fogosidad revolucionaria de la voluntad de obedecer. La cultura francocanadiense presenta todos los síntomas de un cansancio extremo: aspira a la fuerza y al reposo al mismo tiempo, a la intensidad existencial y al suicidio, a la independencia y a la dependencia.

La independencia sólo puede ser considerada como palanca política y social de una cultura relativamente homogénea. Históricamente, no es necesaria, no más de lo que la cultura que la reclama lo es. No debe considerarse como una forma de ser superior y privilegiada por una comunidad cultural. Más bien, no hay duda, la independencia es una forma de ser cultural igual que la dependencia. En el plano del conocimiento, las formas de ser de determinado grupo cultural son igualmente interesantes. El conocimiento se preocupa por las realidades, no por los valores.

Si bien la situación de tensión es inherente a la dialéctica y que esta contrapone dos polos adversos que se revelan uno al otro en una situación progresiva, negar que Canadá es un caso dialéctico bien definido, donde se confrontan dos culturas es cometer un acto de lesa dialéctica. Es más lógico ir en el sentido de esta oposición crítica de las dos culturas, si se quiere llegar a comprender algo de la situación canadiense, en vez de desequilibrar la dialéctica histórica en la que el Canadá francés se encuentra implicado, situando el polo superior en un nivel muy elevado. Este desequilibrio lógico equivale a decir esto: “El Canadá francés es muy pequeño frente a esta realidad... y su globalidad se convierte en particularismo según este nuevo orden de tamaño”. [...]

Otra manera de irrealizar al Canadá francés es aceptar solamente su traducción administrativa como provincia. “Quebec es una provincia como las demás”, lo que equivale a sólo aceptar la realidad de la cultura francocanadiense según los términos legalistas de la Confederación, que regionaliza y provincializa esta cultura. Este razonamiento es contrario al otro, según el tamaño del polo de confrontación, pero el mismo, estructuralmente, en cuanto a que escamotea el eje Canadá francés-Canadá inglés, que, histórica y políticamente, es el más constitutivo. Esto no excluye las relaciones pluridimensionales del Canadá francés con el mundo y la historia.

En resumen, nuestros pensadores rechazaron repetidas veces la dialéctica histórica que nos define y apelaron a otra dialéctica que, ampliando la confrontación o empequeñeciéndola a ultranza, significaba un rechazo a considerar al Canadá francés como una cultura global. Este rechazo ha representado la base ideológica de varios sistemas de pensamiento en Canadá. Nuestros pensadores han desplegado un gran aparato lógico para salir de la dialéctica francocanadiense que resulta, incluso en la actualidad, agotadora, deprimente

¹¹ Jean-Paul Sartre, *Critique de la raison dialectique*, Gallimard, París, 1960, p. 753. [Existe traducción al español: *Crítica de la razón dialéctica*, Editorial Losada, Sin Colección, 2004, Argentina].

e inferiorizante para los francocanadienses. El “¿cómo salir de esto?” ha sido el problema fundamental de nuestros pensadores y sus escapes dialécticos sólo expresan trágicamente un mórbido gusto por el exilio que nuestras letras, desde Crémazie, sólo hacen repercutir. A lo que han rehuído, en el despilfarro ideológico o los viajes, es a una situación insostenible de subordinación, de desprecio por sí mismos y por los suyos, de amargura, de cansancio ininterrumpido y de deseo reafirmado de ya no emprender nada. El francocanadiense a menudo se presenta, a través de sus más prestigiosos portavoces, como un pueblo hastiado que no cree en él ni en nada. La autodevaluación ha hecho su labor, desde hace tiempo, y por si hiciera falta señalar alguna prueba, mencionaré la supervaloración delirante en la que se tiene ahora el francocanadiense separatista. Hace esfuerzos inútiles, pero, hay que decir, en su descargo, que si no los hace, condicionado como está al naufragio y a la derrota, corre el riesgo de tomarse por el peor de los tontos, lo que su propio entorno siempre se lo hace saber. [...]

El gobierno federal no es lugar para una lucha fundamental y constituyente; de hecho, nunca lo ha sido, o muy poco. Esta superestructura federal, al consagrar el alivio político del Canadá francés, no es resultado de la dialéctica histórica de los dos Canadás, sino de la voluntad de eliminar esta dialéctica, aunque Ottawa, capital entre dos culturas, reine de hecho en diez provincias. [...]

La lucha dialéctica entre los dos Canadás no se lleva a cabo en Ottawa; se encuentra “despolitizada” en el sentido que, por lo menos, ninguna “institución” surge de ella, ni está en ella. Esta lucha dialéctica se desarrolla en otra parte, un poco por aquí y por allá y hasta el fondo de las conciencias. No nos corresponde decir si tendrá resultados, pero es importante saber que continúa y que se vuelve cada vez más inevitable. El cansancio, por grande que sea, no es la muerte. ❧